



Arquidiócesis
de Tlalnepantla
Tierra de en medio

San Pablo

el apóstol de los gentiles

Ficha 3

Ya no soy yo quien vive es Cristo
quien vive en mi



Objetivo

Que el joven se descubra llamado a dejar la vida que ofrece el mundo para renacer a una vida con Cristo que nos invita a ser semejantes a Él.

Invoco a Dios

Señor, que mis ojos contemplen el mundo con Tus Ojos, que mi corazón sienta la vida como Tú Corazón, que mis días sean un eterno reflejo de Tu Misericordia, para que yo vea al prójimo como Tú me ves, para que así yo comprenda al prójimo como Tú me comprendes, para que yo sea paciente con el prójimo como Tú lo eres conmigo, para que yo hable con el prójimo como Tú hablas con los tuyos, para que yo actúe con el prójimo como Tú actúas con los tuyos, y yo les entregue a ellos todo cuanto Tu desearías entregarles. Que así, Señor, yo ame como Tú amas, sirva como Tú sirves, y viva como Tú vives. Amén.

Me activo

Escuchemos el canto de “In persona Christi” de Jesed, con el propósito de ir haciendo conciencia de que Jesús se ha entregado por mí para que yo viva como Él, al finalizar compartiremos en grupo alguna frase que nos llame la atención del canto y a qué me invita en mi vida cotidiana.

¿Qué veremos?

Todos en algún momento de nuestra vida hemos conocido a alguien que “tiene algo especial”, tal vez un familiar, un compañero, un consagrado o un sacerdote. Puede parecer un poco misterioso cómo es posible vivir una vida así; una vida donde eres tan feliz que irradias la vida alegre y misericordiosa de Jesús, creando paz y gozo dondequiera que estés. Quizá estés pensando que nunca has conocido a alguien así, y dudas de que esa gente en realidad exista. Pero sin lugar a duda san Pablo en su Carta a los Gálatas 2,20 nos recuerda que podemos dejar de vivir mirándonos a nosotros para tener una vida semejante a la

de Cristo.

Ven y conoce

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí”. Gálatas 2,20.

En este versículo de la carta a los Gálatas vemos uno de los testimonios personales más fuertes que hay en la Biblia, tal vez podemos pensar “qué valor tenía san Pablo para poder decir semejantes palabras” e incluso no llegar a comprender como puede ser ello, desde luego que no se comprende hasta que uno tiene una experiencia de crucifixión con el Nazareno. Pablo dice que vivió la vida de Jesús, eso nunca habría podido hacerlo si “el viejo hombre” que perseguía cristianos no hubiera sido crucificado con Él, así como dice en Romanos 6,6. Cuando tu viejo hombre (tu vieja mentalidad que sirve a tus propios intereses egoístas de pasiones y deseos) ha sido crucificado, entonces puedes vivir la vida de Jesús.

Esto es así porque la vieja vida se detiene; todas esas viejas, detestantes y miserables fuentes de las que bebías ya no son tu interés y ahora las fuentes del cielo se abren. Es cuando ya has dejado atrás el pasado que podrás vivir esta vida bendecida, abundante y rica que solo nos puede ofrecer aquel que está clavado en la Cruz, la cual es el poder y la sabiduría de Dios. De hecho, Jesús demostró cuál era ese poder cuando se levantó de entre los muertos al tercer día. Su gran poder era el que podía levantarlo de la muerte; ese poder era el que rompió las cadenas y los lazos de la muerte y por lo tanto nada pudo detenerlo, por eso resucitó al tercer día, como nuestro Salvador y poco más tarde ascendió al cielo.

¿Qué me deja?

Jesús como hombre (en su debilidad), pudo haber rechazado totalmente la Cruz, sin embargo, la aceptó por obediencia al Padre y en miras a nuestra salvación.

- + Si Jesús me ha rescatado ¿Por qué seguir llevando la vida placentera que a mí me gusta? ¿Por qué no dejar el pecado?
- + ¿Estás dispuesto a dejar de buscar la felicidad por tus propios méritos?,
- + ¿Serías capaz de clavar en su cruz todo aquello que no te permite seguirlo y que por lo tanto jamás te dará la felicidad?

Es necesario entrar por la puerta que es angosta y en esa pequeñez encontraremos la vida en plenitud que necesitamos, para así en verdad decir que ya no vivo yo... Cristo vive en mí.

Nos vemos pronto

Gracias Señor por permitirnos aprender más de ti, porque todos los días nos invitas a renovar nuestra mente, alma y espíritu, gracias porque todos los días te haces presente en la Eucaristía y me invitas a tu banquete, para que habiéndome alimentado yo de ti seamos uno, como tú y el Padre son uno. Dame la gracia que necesito para que todos los días me asemeje más a ti, y muestre tu rostro de amor y misericordia a todas las personas que me rodean. Amén.